

Publicaciones solicitadas.

Sr. Editor de La Republica. Admitiendo las observaciones que su ilustrado diario ha hecho sobre mi primera crítica, le remito la segunda que como vd. verá, no puede tacharse de personal.

Si algunas bromas hay en ella, vd. comprenderá que son de las permitidas entre dos personas del bello sexo. Reciba, pues, vd., el testimonio de mi agradecimiento y sirvase publicar el humilde trabajo de—

Telesfora. Casa de Vd., entro 21 de 1861.

Por una fortuna una cruz

SEGUNDA ENTREGA.

Mea culpa, mea culpa

Querida Marcelina:

No puedes figurarte el dolor agudo que senti en el corazon al reconocer que he sido muy injusta al criticar la primera entrega de tu obra, sirviéndome del estilo Gerundiano. Los organos de la prensa desde la matutina Republica hasta la vespertina Nacion han levantado su voz para protestar contra mi crítica. Han hecho muy bien; me han dado una leccion; me han probado que esa primera entrega de tu novela es magnífica, y me han obligado por lo tanto a releerla. Te aseguro Marcelina que en esta segunda lectura he encontrado bellezas en todo lo que me habia parecido defectuoso.

No puedo menos de confesar que la picaresca envidia entró para mucho en mi primera crítica, y pretendia arrancarte cuando menos una hoja de ese laurel que diviso sobre tu frente. Pero voy a enmendarme, y reconociendo tu mérito voy a criticar tu segunda entrega del modo que lo aconsejaron la Prensa, la Nacion, la Republica y el Pueblo.

No temas Marcelina, voy a ser justa; empiezo.

En la página 66 encontré el siguiente diálogo:

1.º—«Angel—No es extraño: Inés, camaba ciegamente á Claudio; Lemaitre lo sabia: vé que Inés sufre de la muerte de aquel y Lemaitre está celoso de un sepulcro! Sonriendo.

«Da. Maria—Tanto peor Angel: un amante vivo, podia alejarse, y aquietar el ánimo del marido celoso: mas un amante muerto; no puede traer sino un celo perpetuo: un perpetuo sin sabor, y una solucion tan fria como ese sepulcro, hijo!

«D. Juan—Quimeras!  
«Angel—Pensativa y como si hubiera encontrado el hilo de una idea, que flotara desde tiempos en su memoria sin poder elaborarla.—No tal: no son quimeras, padre; es racional la reflexion de mi madre: ese casamiento tan desigual! acabará por una ruptura terrible.»

Yo, Marcelina querida, hubiera puntuado los párrafos anteriores de diverso modo que tú, pero llevaria el castigo de no ser original; sobre todo no tendria el mérito de hacer populares los dos puntos, que sin duda ninguna te agradan mucho mas que las comas. Respecto á que un marido esté mas celoso de un amante muerto que de uno vivo, me ha costado convencerme porque hasta ahora creia que el vivo era capaz de hacer cosas que no haria el muerto, sin embargo quedo tan convencida de lo que dices, que si alguna vez llego á casarme, me reiré de cuantar queridas vivas tenga mi marido, y cuidaré mucho, muchísimo que no vaya á buscar alguna entre las tumbas. ¡Y por cierto que me pondria celosa como una italiana, si por desgracia llegase á

encontrar á mi esposo en dulces coloquios con el esqueleto de su amada.

2.—«Da. Maria—que la virgen siga tu capro, y diga mis votos hijo mio!»

Hé aqui, Marcelina, como se equivocan tambien los críticos, yo habria dicho siga tus pasos; pero entonces hubiese cometido un grave error por falta de recordar, que un hombre puede andar tambien sobre un pie, ó á la gallina coja como dicen los muchachos.

3.—«Era Angel, que saludaba bajando, á Antonio que subia, y le respondia á su vez; y luego, cantando siempre su aire francés, como el de la chateleine por exemple y haciendo piruetas de ensimismado.—Antonio se dirigió al grupo de los ancianos.»

Este párrafo está muy bien; me ha agradao, par exemple sobre todo el modo como te has figurado una persona ensimismada y en esto hasta ahora estábamos tambien en desacuerdo. Yo creia que una persona ensimismada era lo mas serio, lo mas callada, lo mas pesada en sus movimientos, y lo mas distraida; pero ahora véo que cuantos mas saltos dé, cuantas mas muecas y piruetas haga, tanto mas ensimismada está.

4.—«Balanceando recien en la rivera «La flor primera de la edad de Prado, «Una mano mezuquina y traicionera «La arrojó al fondo de ese mar helado.»

Me ha agradao mucho esta cuarteta; si poseyese el arte sublime de Rosini la pondria en música, dándole un aire á lo D. Bartolo; pero dime Marcelina, como es posible que estando el mar helado pudiese caer al fondo la flor de Prado? Aunque no lo estuviera seria preciso que la flor encerrase mucha cantidad de materia para poder sumergirse; sin embargo como sé que es propiedad de los génius poseer intuiciones de ciencia que no conocen, no extraño que tu hayas descubierto nuevas propiedades á los líquidos y á los sólidos.

5.—«Las floressie arrancan soenvejececa «Las plantas sin las flores viven mas: «Y cuando ya cansadas se adormecen «Mueren como los sueños sin edad.»

Esta segunda cuarteta tambien es muy linda, y sobre todo brilla en ella el gran pensamiento de los sueños sin edad, que por demasiado elevado no he podido todavia comprender.

6.—«Quiénera esa mujer? una inconstante: «Que por una fortuna dió una vida: «Cruzando en otros brazos palpitante «La patria del dolor y la mentira.»

Esto es magnífico! aprendan nuestros jóvenes poetas; averigüen lo que significa la patria del dolor y la mentira, y crúenla despues si pueden en otros brazos.

7.—«Madre é hija se mantienen en «una igualdad de termómetro, que no «discrepan ni un átomo.»

Cuando te digo, Marcelina, que eres un génio, no me equivoco por cierto. Mira como has corregido al picaresco de Beaumour que se abate á decir: «Yo me enojo en su termómetro. Mira tambien con que habilidad has podido averiguar el grado de calor ó de frio, de calentura ó de fiebre, de sensatez ó locura en que se hallaba la madre y la hija.

Pero dime, Marcelina, ¿en que parte tienen el termómetro esa madre y esa hija? Dímelo, porque quiero escribir un artículo científico sobre el termómetro del bello sexo.

8.—«Lemaitre por toda respuesta manoseó sus anchos y largos vigotes y «puso el diario sobre el bufete, que «hasta entonces habia permanecido en «una de sus manos.»

Lo de manosear los anchos bigotes no me cuesta creerlo, pero de que Lemaitre tuviese en una mano el bufete es algo duro.

En primer lugar, porque para ello se precisarian las fuerzas reunidas de Sanson, Hércules y Milon de Crotona y sobre todo la de tu imaginacion.

En segundo lugar no comprendemos qué fin llevaria Lemaitre con sostener en una mano todo un bufete, y manoseándose con la otra los bigotes. El cuadro no seria nada vistoso, pero en cambio seria original.

9.—«No precisamente el fondo filoesófico de esa faz del arte; sino simplemente la conformacion evangélica «de esa cabeza.»

Se trata, querida Marcelina, de una cabeza de Moisés como puede verlo el que lea tu novela, y por consiguiente, aunque te enojas, te diré que has cometido un anacronismo, porque debes recordar que Moisés ni fué evangelista ni escribió evangelio. Si hablastes de un apóstol ó de otro personaje perteneciente al nuevo testamento, estaria conforme, pero respecto á Moisés, que se murió allá por los montes del desierto algunos cientos de años antes de la venida de Jesu-Cristo, yo hubiera dicho bíblica en lugar de evangélica.

10.—«Mientras pasaba la nube por «su frente el labio impostor trabajaba «una mentira, elaborándola en el seno «mismo de la investigacion y decia sen «tándose nuevamente.»

Esta es una de las bellezas que mas me han agradao en la lectura de tu segunda entrega, porque estoy convencida que el párrafo anterior lo ha trabajado tu labio, lo elaboraste en el seno mismo de tu investigacion, y lo escribiste sentándose.

11.—«Inés—Como burlándose: pero «como podria un dependiente ocupar «el sitio de una esposa?»

«Angel—de modo que no en el lecho «conyugal; pero sí en la parte mercantil de esa esposa y de ese marido.»

Por mi parte querida Marcelina, (no sé por la tuya, porque en esto de partes hay tantas diferencias!) nunca he dudado lo de que un dependiente no pueda ocupar el lugar de una esposa. Pero lo que vas á tener la bondad de decirme es, donde tiene la parte mercantil la esposa y el marido. ¿Si será la

cabaza? ¿si será el pecho? ¿si serán los brazos...? ¿si serán las piernas? pero no Marcelina, dímelo tu por que no adivino. Esto de las partes mercantiles debe ser un pensamiento tan sublime como el del termómetro.

12.—«Este angel siempre fué muy envidioso, lo recuerdo; y ahora por mas que quiera ocultarlo se trasluce hasta «por el tejido de su piel la transpiracion agitada de esa enfermedad que «separó á Cain del resto de los mortales.»

Ha á tomar el chal, de cachemira verde mar, la gorra color lapiz y el abanico metáfora para dirigirme á la Junta de Higiene, y preguntarle cual era esa enfermedad que transpiraba, porque como muger aprensiva creia sentirme ya asaltada de tan estraña dolencia; pero recordé despues de alguna meditacion que tu no puedes equivocarte, pues la que penetra con sus ojos el tejido de la piel, debe tener algo de magnetismo metamorfoseado.

13.—«No hay remedio dijo en voz alta «es necesario quebrar este vidrio «ductor de la confianza íntima.»

En la primera entrega nos hablaste de esperanza de cristal, en esta nos dices algo de la confianza de vidrio, y como yo creo todo lo que tu dices, voy á averiguar si mi esperanza y mi confianza son de cristal y de vidrio, para conservarlas muy guardaditas por temor de que se me rompan. ¿Tu sabes Marcelina lo desgraciada que seria Telesfora si se le quebrase la esperanza de leer tus obras, ó se le estrediese la confianza que ha puesto en tus racionios.

14.—«La madre tréanula; pero ese «hombre; ese hombre cómo lo has «conocido; de donde ha salido?»

«De donde salen todos los seres, «eseñora; de su casa para visitar otra.»

«Tú eres un ser—Marcelina yo soy otro ser, Lemaitre es otro ser, los animalitos domésticos son seres, las piedras son seres, los peces son seres, hasta los anfibios son seres, y todos salen de su casa para visitar otra.»

Has estado graciosísima Marcelina, espero reirme mucho al ver á todos los seres de la naturaleza saliendo de su casa; espero reirme mucho viendo á las fieras visitando á las fieras, las aves á las aves, los peces á los peces, las plantas á las plantas, las piedras á las piedras. ¡Qué espectáculo admirable será el ver á la mitad de la naturaleza saliendo de su casa para ir á visitar á la otra mitad que tambien estará en su casa!

15.—«Douds hay error ó crimen «no «chay calumnia; es la prueba, y la prueba «el martirio del acusado.»

Sublime, Marcelina! no he entendido jota nunca tu voz ha girado sobre un eje íntimo y profético. Dispensame que te plajie pero con tigo no puedo obrar de otro modo. Solo con tu elevado lenguaje se puede expresar tus sublimes ideas.

16.—«Y, que os figurais caballero, «que al vender mi enropa, las horas de «mi vida, como mi padre lo hizo á vos; «os figurais que en el contrato se calculó el hemisferio de mi voluntad? Os «figurais que si niña y débil obedeci á «ese padre; hoy menos niña ya y con «la carta geográfica de las maldades humanas en la mano, Inés Lemaitre no «sabría contestar á un verdugo como «vos; no quiero?»

Ay oooooo! está es el grito que se me escapó querida Marcelina, al ver que entiendes de geografía; grito tal, que no lo encontraras en la nomenclatura de los gritos humanos, segun tu tan plastica y graciosamente lo dices. ¿Con que sabes geografía?

Por su puesto; la posees hasta en su aplicacion á la voluntad; y por ello has venido sin duda, en conocimiento de que la voluntad de Inés era un hemisferio, una media esfera, un medio globo, un medio mundo. Si la voluntad de Inés, que no es escritora, ni novelista es del tamaño de un hemisferio ¿que será la tuya escritora y novelista? Debe ser sin duda una esfera completa, cuyo hemisferio norte calienta las ideas, y cuyo hemisferio sur las esparrama con la fuerza de sus ventarrones.

¡Que magnífica idea la de: carta geográfica de las maldades humanas! Cuantas ideas se desprenden de esta valiente frase, llevada hasta el ara del atrevimiento (perdona los plajios que hago; pues me seduce tu estilo.)

Si no hubieras estampado esa frase, no sabria de cierto que las maldades humanas deben tener la figura de continentes, mares, rios, montañas, islas, cabos y hasta promontorios. Si, Marcelina, promontorios (no es verdad que este es el objeto mas bello de una carta geográfica? ¿no es verdad que se eleva sobre las olas, del mismo modo y con la misma figura que una postura perfectamente decisiva?

17.—«Examinó aquella sonrisa en los «labios de aquella belleza y comprendió «todas las latitudes del pensamiento de «su mujer.»

Y sigue la geografía. Dime, querida Marcelina, ¿de qué meridiano habrá partido Lemaitre para comprender las latitudes del pensamiento de su mujer? Si fuera yo la encargada de medir esas latitudes, tomaria por meridiano tu asombrosa imaginacion que debe estar colocada en 160 grados de longitud y cero de latitud; esto es, la línea equinoccial debe pasar sobre esa imaginacion que nos admira con sus volcánicas ideas.

18.—«Ya está asegurado el nudo de la «tela de Penelope! No consiste en tejer «bien; es necesario afianzar el tejido «y garantizar la cosa que se ha de depositar sobre el amigo!»

Me admira tu genio precabido en lo de que, no basta tejer bien sino que es necesario afianzar el tejido, y por lo mismo no me esplico como no dices cual es la cosa que se ha de depositar sobre el amigo.

Cosa es una palabra tan genérica, arroja una idea tan abstracta, que bien podria

crerse, se pretendia depositar sobre el amigo algunos trescientos ó cuatrocientos ejemplares de tu novela, algun hemisferio, alguna inspiracion de un crimen, alguna filología voluttaria ó alguna gracia plastica; todas estas son cosas tuyas que puedes depositar en las cabezas de tus lectores amigos.

19.—«Una tez lánguida, sombra de «de ese tinte al curó: le dá el nombre «de moreno servia de centro á unos «ojos brillantes.»

Has estudiado anatomía? tu me dirás que no; pero yo te diré que si pues los ojos no están en el centro de la tez como todos creiamos hasta ahora, sino que la tez le sirve de centro, y por consecuencia Alfredo de Riera debia tener sus ojos ó en las mejillas ó uno en la frente y otro en la barba. ¡Qué linda figura!

20.—«Pero la realidad del ser que «diviniza el sentimiento en el corazon «no existia; Alfredo vagaba en las inmensidades del vacío.»

El lego del Diablo Predicador esclamaba:—y que profumadas deben ser estas profundidades de lo profundo.

Yo imitando á este pobre lego diria; qué inmensas deben ser esas inmensidades del vacío, en que vagaba Alfredo como si fuera un cometa ó un aerolito.

21.—«Como era de suponer Alfredo «jóven mimado y barmoso; se creia «amado; y aunque no lo confesaba se lo «repetia su espíritu en mil idiomas á «cada instante.»

No sé, Marcelina, si alcanzan á mil los idiomas que se hablan sobre la tierra, pero seria cosa de oír al espíritu de Alfredo hablandose en latin, en italiano en Español, en Francés, en Inglés, en Aleman, en Turco, en Griego, Guarani, en Chino, y hasta en Congo-Cambudá.

Tu est amatus—tu sei amato—tu ere amado—vous etes aimé—You are loved etc. Continue el espíritu de Alfredo, por que yo haré: hago con hacerme entender en Español!

Concluyo Marcelina de leer tu segunda entrega, y me esperezo, no creas que de aburrimiento sino de esa especie de sensibilidad íntima, de esa languidez, de esos ecos sonados que deja siempre una buena lectura.

Siento no haber transcripto mas que las principales bellezas de tu estilo. Siento así mismo, no haber podido contar los signos punto y coma que se hallan sembrados en tus elegantes párrafos; pero en cambio espero que aunque sea por casualidad y aunque sea transversalmente nos dejarás otro vistazo de tu inteligencia, como el que nos ocupa, antes de partir para la cumbre del Parnazo, ó para las selvas encantadas del dios Pan.

Marcelina, tu Telesfora espera con ansia la tercera entrega de «Por una fortuna una cruz» para acabar de probar que si en Francia hay un Alejandro Dumas, en Montevideo hay una Marcelina Almeida, que asi Dumas compuso un Montecristo, Marcelina es capaz de componer un Crisostomo; que si Dumas escribió el Caballero de Casa-Roja, Marcelina escribirá el Caballero de Cachemira verde mar, y en fin, que si Dumas produjo el Visconde de Bragelonne, Marcelina producirá el Visconde del Redingote.

Marcelina querida, hasta otra vez recibe el adios de tu—

Telesfora.